

Foto: ARCHIVO

Vía Crucis

El huerto de los olivos
de sangre se está tiñendo.

Ya persiguen por las calles
a Jesús el nazareno,
no tanto por redentor
como por ser justiciero.
Muerte –grita el poderoso–
al hijo del carpintero.
Un judas le besa y vende
sus mil amores mintiendo,
y un eco de bofetadas
rompe esperanzas y anhelos.

El huerto de los olivos
de sangre se está tiñendo.

Aquella vez... Di, ¿quién fue
ese dirigente obrero?
¿Para quién pidió justicia
en el trabajo y el sueldo?
¿Por qué se quedó tan sólo
de todos sus compañeros?
¿Por qué murió de hambre y sed
si acabó con los hambrientos?

El huerto de los olivos
de sangre se está tiñendo.

Esta vez somos nosotros.
Tú y yo. Y aquel. Y ese. Y estos.
Los que no bajan sus ojos
si enfrente lo manda el miedo
y doblamos las rodillas
por convicción y respeto.
También nos besan los judas
prudencia y amor mintiendo,
coartan con amenazas,
sobornan al prometernos.

El huerto de los olivos
de sangre se está tiñendo.

José A. Sirvent